

un descontento de que se aprovecharon los samnitas (1). Golpe sobre golpe supose en Roma que Plistia había sido tomada y destruida, ocupada la misma Fregelas, pasada á cuchillo la colonia de Sora, y arrastrada á una sublevación Laticula, distante algunas leguas de Capua. Luego al punto se envió un dictador contra esta última ciudad, que estrechamente bloqueada, tuvo que rendirse después de un esfuerzo inútil de sus nuevos aliados para atravesar las líneas romanas.

Pero entonces, llamando los samnitas á las armas á todos los hombres en edad de combatir, forzaron al dictador á retroceder á las gargantas de Lautules entre Terracina y Fondi. Mientras seguían á Fabio en esta dirección, dejaban la Apulia abierta á los cónsules que fueron allá á recobrar á Luceria. Dos caminos conducían de Roma á la Campania: el de arriba por el valle del Trero, confluyente del Liris, y el de abajo, que muy en breve será la vía Apia, al través de las lagunas Pontinas. Fregelas, ocupada por el enemigo, cortaba la primera, y por la segunda recibió de Roma Fabio un numeroso cuerpo, que presentándose de improviso en lo más recio de la acción empeñada con los samnitas aseguró la victoria de los romanos (315).

Cada una de las ciudades italianas, grande ó pequeña, tenía dos facciones, como Roma las había tenido durante mucho tiempo, pero como felizmente para fortuna suya no las tenía ya. El senado romano, que dirigía la política exterior, se inclinaba naturalmente á buscar la alianza del partido aristocrático, mientras el partido popular tendía al lado opuesto: de suerte que cuando se empeñó la guerra en las dos naciones más poderosas de Italia, cada ciudad tuvo su facción romana y su facción samnita. De aquí las continuas defecciones que vemos producirse en contra del uno ó del otro adversario, según el partido que por el momento predomina en la ciudad.

En Capua, por ejemplo, había asegurado Roma á los ricos privilegios que debían causar viva irritación en el resto de los habitantes. Con esto se tramó una conjuración para llamar á los samnitas, y el movimiento cundió á las ciudades del bajo Liris, en el país de los aurunces; pero en el Lacio nada se movió, por lo cual tuvo el senado tiempo para reunir fuerzas y favorecer intrigas que abrieron á los legionarios las puertas de Ausona, Minturna y Vescia, cuyos habitantes fueron pasados al filo de la espada. Desde esta guerra el nombre de los aurunces desapareció de la historia (2). Ovio y Novio, jefes de la insurrección de Capua, se dieron la muerte, y habiendo caído otra vez en manos de las legiones Sora y Fregelas, los habitantes que habían hecho traición á los colonos romanos fueron conducidos á Roma y decapitados. Era un holocausto ofrecido al pueblo, pues con esta terrible ejecución decía el senado á todos que el ciudadano enviado á una colonia podía contar en vida con vigilante protección y en muerte con una venganza inexorable. Y los antiguos amaban la venganza.

Según Tito Livio, después de haber recobrado la Campania, fué el ejército á buscar á los samnitas, no lejos de Caudio, y les mató treinta mil hombres. Gran carnicería, puesta demasiado cerca de las Horcas Caudinas para que el historiador ó los cronistas por él copiados no hayan querido que la afrenta inferida en aquel sitio al honor militar de Roma hubiera sido dos veces expiada (314).

Con todo eso, obrando las legiones al tenor de un plan

(1) Nuceria, en el Sarno, al SE. de Capua, acababa de sublevarse (Diod., XIX, 65).

(2) Tito Livio, IX, 25. *Nullus modus cadivus fuit; deletaque Ausonum gens.*

hábilmente combinado y perseguido con perseverancia, lograron otra vez más rechazar á los samnitas al Apenino y encerrarlos allí al E. y al O. con una línea de plazas fuertes. Sueta, Aurunca, Interamna del Liris, Casino, y en la Apulia, Luceria, recibieron colonias romanas. Para vigilar á los corsarios tarentinos que recorrían el mar Tirreno, envió el senado otra colonia á la isla Pontia. Esta medida se relacionaba con la reciente creación de una flota de guerra y con el nombramiento de dos prefectos marítimos (3).

A vueltas de estas narraciones bélicas, trae Tito Livio un incidente grotesco, «poco digno de referirse, dice, si no interesara á la religión.» Es, en efecto, un detalle que no deja de tener cierto interés para el historiador de las costumbres de un pueblo tan grave y frívolo á la vez. Las fiestas religiosas, los sacrificios, la observación de los signos celestes y hasta los tristes funerales exigían la presencia de los tañedores de flauta, que en otro tiempo se hicieron venir de la Etruria y formaban ya un gremio ó corporación entre civil y religiosa.

Y sucedió que habiéndoles prohibido los censores asistir á los banquetes sagrados del templo de Júpiter Capitolino, á los cuales habían sido hasta entonces admitidos, hubieron de aconsejarse de su propio é inofensivo despecho y se retiraron todos á Tibur.

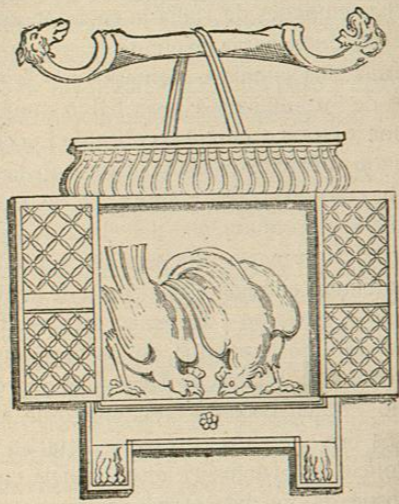
Muy alarmado el senado por la interrupción de un rito necesario, los reclamó formalmente; pero los tañedores se negaron á regresar á Roma, y para hacerles volver á sus deberes religiosos fué preciso recurrir á la astucia.

Un día de fiesta, á pretexto de dar mayor solemnidad con el encanto de la música, los ricos de Tibur los convidaron y obsequiaron generosamente haciéndoles beber hasta que se cayeron de puro beodos, que era lo que pretendían sus generosos anfitriones. Entonces los cargaron en carros y los restituyeron á Roma en tal estado, dejándolos abandonados en medio del Foro. Cuando por la mañana se despertaron, todo el pueblo estaba al rededor de ellos. Devolviésoles el privilegio que habían tenido antes, y para sellar la reconciliación, se instituyó una fiesta de tres días, especie de mascarada cuyos héroes eran ellos y que se celebraba con cantos, danzas y una loca alegría (5).

(3) *Duumviri navales* (Tito Livio, IX, 30).

(4) En los campamentos se deducían los presagios del apetito de las aves, ordinariamente pollos de gallina. El *templum*, ó espacio destinado á la observación de los signos, se trazaba en el suelo; el *pullarius* traía á él la jaula y la abría, dando de comer á las aves. Cuando se arrojaban con avidez al grano, sobre todo cuando lo dejaban caer del pico, era fausto el presagio, lo cual se procuraba fácilmente teniendo-los en ayunas ó dándoles una pasta friable. Usando y todo estas astucias con el cielo, no dejaban de creer en el presagio los romanos, incluso el mismo Papirio Cursor (*Dict. des Antiq. grecq. et rom.*, pág. 556).

(5) Tito Livio, IX, 30; Ovid., *Fast.*, VI, 651 y sigs.



Jaula de pollos para los auspicios (4)

CAPÍTULO XV

COALICIÓN DE LOS SAMNITAS, DE LOS ETRUSCOS Y DE LOS SENONES

(311-280)

I. — TERCERA GUERRA SAMNITA (311-303).

Los samnitas luchaban solos hacía diez y seis años, hasta que al fin se movieron los demás pueblos. La tregua de cuarenta años firmada con los tarquinienses iba á terminar, y las ciudades etruscas, que no oían ya rugir allende el Apenino á las hordas de los galos, veían con espanto crecer á cada campaña la fortuna de Roma. Algunos emisarios samnitas hubieron de arrastrarlos y volvió á formarse la antigua liga de las lucumonias. Mientras las legiones estaban retenidas en el Samnio, en el sitio de Boviano, cincuenta ó sesenta mil etruscos vinieron á cercar á Sutri, la fortaleza que, por la parte del Norte, cubría los aproches de Roma. Una vez tomada esta plaza, estaban en pocas horas de marcha al pie del Janículo. Desde la batalla de Alia, el senado conservaba siempre dos legiones en la ciudad, y esta reserva procuró levantar el bloqueo de Sutri. Una batalla indecisa contuvo al enemigo hasta la llegada de algunos refuerzos conducidos por Fabio, héroe de esta guerra. La toma de Boviano dejaba disponible el otro ejército consular, que el senado quería dirigir también hacia la ciudad sitiada; pero los samnitas se corrieron á la Apulia y fué preciso seguirlos.

Fabio quedó, pues, solo: las líneas de los etruscos eran demasiado fuertes para forzarlas, y ellos rehusaban salir de ellas. Fabio los deja quietos, avisa al senado que cubra el servicio de Roma con un ejército de reserva y sin esperar órdenes que acaso subvirtieran su atrevido plan, atraviesa el bosque Ciminio, que ha hecho explorar por su hermano disfrazado de pastor toscano, penetra en los ricos campos de la Etruria central, y pasando cerca de Castel d'Asso y de Norchia, ciudades de muertos hoy, ayer pueblos florecientes, hace morder el polvo junto á Perusa á sesenta mil etruscos ó úmberos. Tres de las más florecientes ciudades, Perusa, Cortona y Arretium (Arezo) piden una tregua de treinta años; Sutri estaba á salvo, la confederación disuelta (1) y vengada en fin la matanza de la gente Fabia, á orillas del Cremera en 479.

Mientras tanto, enviado Marcio Rutilo contra los samnitas, por poco no encuentra otras Horcas Caudinas: sólo medio vencido había podido salir del campo de batalla y el Samnio amenazaba con un heroico esfuerzo. Ardientes exhortaciones agitaban toda la montaña llamando á los más bravos al juramento de la ley sagrada. El senado recurrió

(1) Diodor., XX, 35. Según Tito Livio, la batalla se dió cerca de Sutri, al rededor de las legiones de Etruria. Exagera singularmente el terror inspirado por el bosque Ciminio, temido de los mercaderes como todos los malos pasos, como el *border* escocés, pero explorado ya por un ejército en la guerra contra Volsena en 390. La misma Tarquinio está situada al Norte de la parte Sudoeste del *Ciminus saltus*, hoy el monte de Viterbo.

al que había reparado el desastre de Caudio, á Papirio (2). La edad había ya encorvado su cuerpo y debilitado sus fuerzas: no era ya el Aquiles romano, pero era siempre uno de los primeros generales de la república. El nombramiento del dictador pertenecía á Fabio y el cónsul no había olvidado los resentimientos del antiguo maestro de la caballería. Todo un día estuvo vacilando; pero el patriotismo venció, y á media noche, lejos de ojos y oídos profanos, nombró dictador á Papirio. Junio Bubulco, el conquistador de Boviano, Valerio Corvo y un Decio fueron sus lugartenientes.

El ejército samnita estaba ya preparado. Muchos guerreros habían hecho ante los altares, y en medio de imponentes ceremonias, el solemne juramento de vencer ó morir, y vistiendo sus más espléndidos trajes de guerra, unos sayos de vivos colores y dorados escudos, otros blancas túnicas y escudos de plata, todos el casco rematado en un brillante penacho, marchaban al combate, adornados así para el triunfo como para el sacrificio. Y para el sacrificio fué, porque sucumbieron. Cuando Papirio subió al Capitolio, largas hileras de carros atravesaban la vía triunfal, cargados de armas de los sacrificados samnitas. Con ellas se adornaron las tiendas del Foro y de ellas llevaron como gloriosos trofeos los aliados campanienses al volver á sus ciudades (309).

Los temores del senado no estaban aún desvanecidos: Papirio conservó la dictadura todo aquel año y Fabio quedó como procónsul á la cabeza de las legiones de Etruria, no habiendo comicios consulares.

Entre el Tíber y el bosque Ciminio había un lago, que Plinio el Joven describe con pueril complacencia, y no es ya más que un estanque de aguas sulfurosas, el *laghetto di Bassano*, en otro tiempo *lacus Vadimonius*, famoso por haber visto dos veces caer á sus orillas la fortuna de la Etruria. Y es que el desfiladero que se extiende del lago á las estribaciones del Ciminio es el paso más fácil que se abre á un ejército para penetrar desde Roma en el valle superior del Tíber. Los etruscos hubieron de acudir para un supremo esfuerzo: habían desplegado todas las pompas religiosas y proclamado la ley sagrada que consagraba los fugitivos á los dioses infernales; cada soldado había elegido un camarada de armas, á cuyo lado debía combatir con el empeño y la resolución de vencer ó morir.

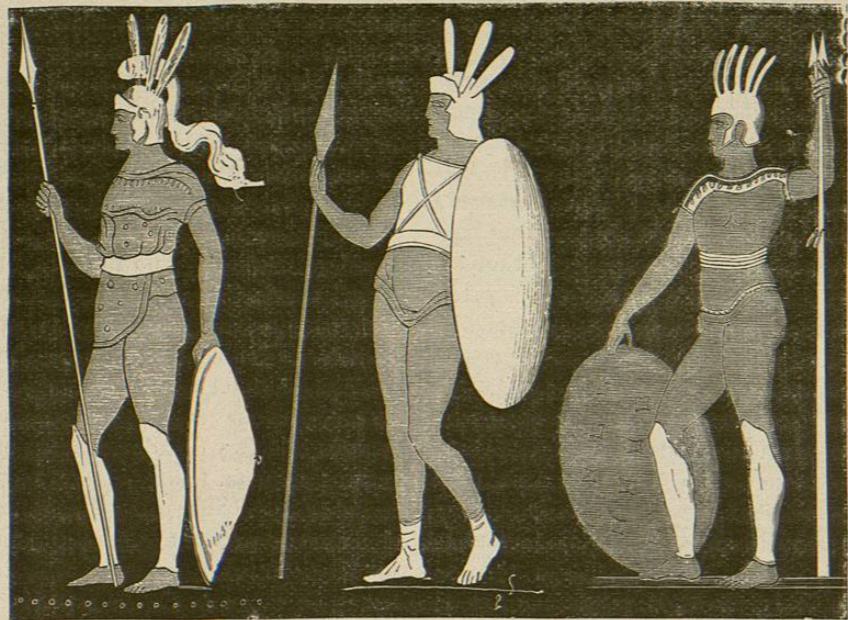
El choque fué terrible: dos de las líneas romanas quedaron rotas, y la tercera, donde estaban los triarios, mantuvo el combate, habiendo decidido la victoria los jinetes, que echaron pie á tierra. «La fuerza de la nación, dice Tito Livio (3), quedó destruída en esta batalla.»

(2) Los romanos le dieron el sobrenombre de *Cursor*, como Aquiles, y le hubieran opuesto á Alejandro, dice Tito Livio, si este príncipe hubiera traído sus armas á Occidente.

(3) IX, 39: *Casum in acie quod roboris fuit.*

Batidos los etruscos cerca del valle de Vadimon, y derrotados y vencidos otra vez cerca de Perugia sublevada, esta plaza ocupada por una guarnición romana, las demás ciudades precisadas á pedir la paz y la Etruria en fin domada, tales fueron en este año los servicios de Fabio (1). Cuando á la vuelta de la primavera entró Decio en el país, sólo encontró pueblos dispuestos á tratar.

Fabio había ido á llevar al Sannio su fortuna, es decir su fama y su perseverancia. La confederación marsa había suministrado á los sannitas numerosos voluntarios, pero no se había declarado abiertamente por ellos. Como en los primeros días de Roma, sus enemigos mismos preparaban sus victorias por falta de unión entre sí: cuando los sannitas quedaron debilitados y vencidos los etruscos, entonces co-



Guerreros sannitas (dibujo tomado de la colección Campana)

la resolución de sostener la causa de sus hermanos de la montaña; pero Marcio tuvo tiempo de batir á los hérnicos en tres encuentros y obligó á este pueblo á someterse á discreción del senado, el cual quitó á sus ciudades su independencia con parte de su territorio, menos á tres de ellas que habían permanecido fieles (2).

De aquí corrió Marcio á desembarazar á su colega Cornelio bloqueado por los sannitas, á los cuales dejó fuera de combate habiendo hecho morder el polvo á treinta mil hombres. Durante cinco meses recorrieron las legiones todo el Sannio quemando casas y quintas, talando árboles frutales y matando hasta los animales. A su vuelta obtuvo el triunfo su general, á quien se erigió también una estatua ecuestre.

Con este honor inusitado quisieron los plebeyos glorificar á un cónsul de su orden, y hay que decir en elogio del senado, que cuando más tarde se quitaron las estatuas que embarazaban el Foro, fué respetada la de Marcio. Cicerón pudo aún verla.

Los sannitas se sostuvieron todavía durante una campaña, á pesar de la devastación de sus tierras: sólo después de haber visto sus plazas fuertes en manos de las legiones se decidieron á solicitar el término de una guerra que había

(1) Diodoro no habla de todas estas victorias de Fabio, que eran tradiciones de familia embellecidas por la imaginación y la vanidad.

(2) Tito Livio, IX, 43. Se les dió el derecho de ciudadanía sin sufragio, con prohibición de conservar relaciones entre sí. Las tres ciudades exceptuadas eran Alatrio, Ferentino y Verula, que conservaron entre sí el *ius connubii et commercii*.

nocieron los marsos y pelignios que su causa era la causa de toda Italia. Era demasiado tarde: Fabio los derrotó, sometió á Luceria después de siete años de insurrección, y sabiendo que su colega Decio retrocedía ante un grande armamento de umbrienses, fué á prestarle ayuda, dispersó el ejército de Umbria y recibió la sumisión de sus ciudades (308). Un nuevo proconsulado fué para él ocasión de nuevas victorias: cerca de Alifia hubo de envolver y acorralar un ejército sannita, obligándolo á rendir armas á vista de ojos de los embajadores florentinos, que en la ilusión de su orgullo quisieron imponerse como mediadores (308).

Entre los prisioneros se hallaron ecuos y hérnicos, y una información ordenada por el senado impelió á estos pueblos á las armas. Reunidos en el gran circo de Agnani, tomaron

durado más de una generación de hombres. Conservaron su territorio y todos los signos exteriores de la independencia, pero tuvieron que reconocer el poderío y majestad del pueblo romano (304).

Esta paz dejaba sólo á los ecuos expuestos á la cólera de Roma. Este pueblo tan inquieto se había hecho olvidar desde muy cerca de un siglo. Rechazado por las invasiones galas á lo más abrupto de las montañas, al O. del lago Fucino, y contenido por Tibur y Preneste, que le cortaban el camino del Lacio, no había tomado parte en la guerra latina; pero recordando el senado que algunos ecuos habían combatido en Alifia en las filas sannitas, envió contra ellos las legiones que habían vuelto del Sannio. En cincuenta días se les tomaron y quemaron cuarenta y una plazas, y después se les confiscó parte de sus tierras, concediéndoles el derecho de ciudadanía sin sufragio, lo que los colocaba en la condición de súbditos (304). Cinco años después, el temor inspirado por la coalición galo-sannita hizo que se les elevara á la categoría de ciudadanos (3). Una breve guerra con los marsos, sublevados por el establecimiento de una colonia romana en Carseoli, y un tratado concluido con los vestinos y los picenios son los únicos acontecimientos de los años siguientes. De este modo ponía Roma toda una masa de pueblos amigos entre los etruscos, los galos y los sannitas, á quienes había vencido, pero no desarmado.

Un episodio de aquel tiempo recuerda nuestra historia

(3) Formación de dos nuevas tribus: *Aniensis* y *Terentina*.

trágica de las grutas del Dahra. Roma no se desdénaba de vigilar esas agitaciones por las cuales acaban las guerras, pero por las que también se renuevan. Hombres que Tito Livio llama bandidos, y eran sin duda patriotas que no querían aceptar el yugo del extranjero, recorrían por grupos, más ó menos numerosos, el país úmbero. Unos dos mil tenían por refugio una profunda caverna, adonde fué un cónsul á cazarlos, y como los soldados que se arriesgaron á penetrar en ella fueron rechazados con piedras y con dardos, amontonaron leña á sus dos bocas, le pegaron fuego y lo mantuvieron vivo hasta que todos perecieron sofocados por el humo y el calor.

El mismo año sucedió otra aventura que el paduano Tito Livio refiere con mucha complacencia. Cleónimo, descendiente de un rey espartano, había ido con una escuadra á buscar fortuna al mar Adriático, cuyas costas entraba al pillaje. Encontrando bien guardadas las del país salentino por las legiones romanas, siguió su rumbo hasta el fondo del golfo y arribó á las playas de los venetos, cuyo territorio devastó. La protección de Roma no se extendía aún tan allá; pero los paduanos, acostumbrados á las armas por la vecindad de los galos, se arrojaron sobre los merodeadores, mataron á unos y persiguieron á otros hasta sus barcos, de muchos de los cuales se apoderaron. Muy orgullosa del triunfo obtenido sobre los lacedemonios, depositó Padua en su templo de Juno los espolones de los apresados barcos é instituyó una fiesta celebrada aún en tiempo de Augusto y en la cual un combate naval en el Brenta recordaba la victoria ganada á los piratas de Cleónimo.

II.—SEGUNDA COALICIÓN DE LOS SAMNITAS, DE LOS ETRUSCOS, DE LOS ÚMBEROS Y DE LOS GALOS (300-290).

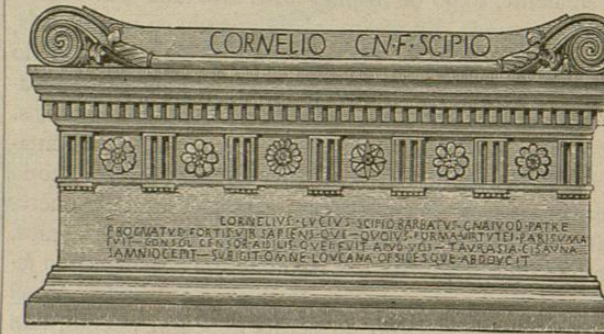
A contar de cuarenta años atrás los sannitas habían sido muchas veces derrotados; pero nada se había decidido aún, y la paz recién concluida no era sino un momento de descanso antes de la última pelea. Entre Roma y el Sannio había no ya una rivalidad de poderío, sino una cuestión de vida ó muerte, como quiera que creciendo con el éxito la ambición romana, había declarado Apio que el dominio de la república no debía acabar sino donde acababa Italia. La guerra, pues, fermentaba en todas partes y las chispas parciales que saltaban, guerra contra los ecuos, contra los marsos y muy luego contra Arretium y Narnia, anunciaban un nuevo incendio. En Arretium la poderosa familia de los Cilnios llamaba á un ejército romano que le ayudara á domar al pueblo de esta ciudad. Los Cilnios y el pueblo se reconciliaron, dice Tito Livio, «pero temo mucho que esta unión traída por el extranjero no se haya hecho en provecho de Roma; que aquí, como en Capua, como en todas partes no haya vendido al senado la aristocracia italiana la independencia del pueblo para salvar sus privilegios y su poder (1).» A lo menos, no puede explicarse la extraña conducta de los etruscos en este último período de la guerra sannita, sino por turbaciones interiores, por una deplorable rivalidad de un partido romano y un partido nacional, queriendo uno la paz y otro la guerra; de aquí las treguas tan á menudo rotas y las operaciones mal dirigidas.

Por entonces comenzaron los galos á hacer ruido en el mundo: sus belicosas tropas se agitaron en el valle del Danubio, de donde muy luego salieron para asolar la Grecia

(1) Tito Livio (XLII, 30) dirá más adelante, á propósito de otros pueblos y de otra aristocracia: ... *plebs omnis, ut solet, deterioris erat... principum diversa studia... plures ex iis ita, si precipuam operam navassent, potentes sese in civitatibus suis futuros rati...*

y el Asia Menor. Italia sintió de rechazo tales movimientos; algunas bandas galas pasaron de nuevo los Alpes, é inquieto el senado de las disposiciones de los senones, tuvo que ponerse á cubierto de una irrupción repentina. En el año 300 se encuentra á los cónsules sitiando la ciudad umbriense de *Nequinum* (Narnia). Edificada sobre una roca por encima del Nar, dominaba esta plaza el paso de la Umbria al valle del Tíber, viniendo á ser así una de las posiciones más importantes de las cercanías de Roma. El senado estableció allí una fuerte guarnición. Con Carseoli y Alba Fucencia, colonizadas poco tiempo antes, completaba Narnia la línea de defensa que envolvía á la capital del Lacio (2).

En Narnia se encontraron sannitas entre los defensores de la plaza, como quiera que sus jefes preparaban un alzamiento general y por todas partes buscaban aliados. Los lucanos les habían prometido socorros; pero en el momento de obrar, pudo más el partido romano é hizo entregar rehenes. Los piceninos, vivamente solicitados, devolvieron



Sepulcro de Escipión Barbato

también al senado el mensaje que los llamaba á las armas, y la confederación marsa, fiel á sus rivalidades antiguas con los sannitas, hizo otra vez traición á la causa común.

Pero se ofrecieron otros aliados: los sabinos, en paz con Roma hacía siglo y medio, no quisieron abandonar en su última hora á un pueblo hermano. Los etruscos estaban absolutamente decididos: algunos años antes habían pagado galos para que fueran contra Roma; pero luego que los bárbaros tomaron el dinero: «¿Es esta toda vuestra largueza? les dijeron. Para ayudaros contra los romanos queremos tierras.» Los úmberos habían unido su suerte á la de los etruscos, de manera que la guerra iba á extenderse desde la Cisalpina hasta el Bruttium ó Abruzzo. A esta coalición mal unida oponía Roma todas las fuerzas de los pueblos latinos y campanienses, desde el bosque Cimino hasta el Silaro, y lo que valía más que un ejército, la unidad de consejo y dirección.

La guerra comenzó en los dos extremos á la vez: en Etruria y en Lucania. Valerio Corvo, entonces cónsul por la sexta vez, fué encargado de la guerra etrusca, y espantado el enemigo al solo nombre de tal adversario, dejó devastar sus campos sin arriesgar una batalla (299). A la Lucania, los sannitas habían enviado un ejército para levantar los ánimos de su partido: Roma les intimó que lo retiraran; pero ellos ni quisieron oír á los feciales encargados de hacer la intimación. Luego al punto marchó el cónsul Fulvio sobre Boviano (298), batió al enemigo, engañado muchas veces por sus ardidés, y tomó la ciudad, mientras su colega Escipión Barbato ganaba una victoria sobre los etruscos (?) cerca de Volaterras.

(2) Sutri, Narnia, Carseoli, Alba Fucencia y las colonias del valle del Liris, Sora, Atina, Interamna, etc.